



CUENTOS DE DELANTAL

Sandy Siquier

CUENTOS DE DELANTAL



Primera edición: septiembre de 2026

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Sandy Siquier

© Alex Méndez Giner: diseño de portada

ISBN: 979-13-88411-16-8

ISBN digital: 979-13-88411-17-5

Depósito legal: M-21511-2026

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi mamá, quien al mes de haber fallecido,
hecha cenizas, me dio la fuerza desde el más allá para
sacar adelante este proyecto.*

Para Alex, Rebe y Vero.

Muelas del juicio

Derrochaba sensualidad, frescura, alegría, juventud. Isa se sentía gorda —aunque todos la llamaban *flaca*— y para ella sus caderas eran demasiado anchas. Había escuchado que muchas mujeres se las limaban, pero a ella eso de limarse las caderas no le cuadraba, como tampoco ponerse las tetas más grandes, levantarse las cejas, quitarse costillas o ponerse más respingona la nariz. Qué va. Si ella entraba al quirófano era porque se estaba muriendo, punto. Ella se sabía la más bella del mundo, a pesar de sus caderas anchas, de las pocas visitas a la peluquería, de sus únicos sostenes de encajes, de sus franelas prestadas. Isa sabía que su cara era perfecta. «Una belleza universal», le decían sus compañeros de teatro; «una belleza en un cuerpo con lipa», pensaba ella.

Sus personajes eran los más pequeños, personajes de relleno, pero igual ella los ejecutaba con una seriedad impresionante, aplicando cuanto método actoral conociese, sabiendo en su interior que el mismo Stanislavsky le diría que bien podría prescindir de ellos. En una obra infantil le tocó hacer de caracol y lo único que tenía que hacer era

el sonido del caracol, vestida toda de negro, escondida detrás de un árbol en tercer plano de la escena, cerca del bastidor derecho, olvidada en la profundidad boscosa de la escenografía, con su brazo sudando dentro de un títere de caracol hecho de gomaespuma. «¿Cómo coño suenan los caracoles?», se preguntaba Isa, pero nadie lo sabía, ni Internet. Porque para ese entonces no había Internet y mucho menos al alcance del teléfono. Se lanzó a la carrera de caracoles para construir su personaje y, concentradísima, los observaba en casa de sus abuelos en Catia deslizándose por las paredes del patio trasero, dejando su hilo de baba sobre la pintura agrietada. No había ningún sonido que reproducir y eso la atormentaba. Con pena le preguntó a la compañera que hacía antes de caracol, la morena del grupo que ahora había ascendido a protagonista, y le dijo que hiciera un sonido con la garganta, como si le picara algo, como si tuviera pelo de gato y, eso sí, que lo hiciera muy alto. «Qué intensidad», pensó Isa. Y así hacía su caracol. Sonaba la garganta tan duro que le picaban los oídos al cerrarse el telón, como si tuviera alergia al polvo, al polen, al moho, a los malos chistes. Luego de cada función le costaba fumarse un cigarro de lo mucho que le ardía la garganta. Isa: 19 años, soltera, alegre, sociable. Isa, a la que le pasan toda clase de historias raras, la que habla con todos, conocidos y desconocidos, viejos y niños, la que tiene carro pero se mueve en metro, la que tiene un único par de sostenes de encajes y todos desean. Isa estaba parada en la estación La California cuando un señor barbudo la abordó. Un cincuentón

recién divorciado, buena labia, arquitecto, vecino casualmente de ella. Se montaron los dos juntos en el metro, hablaron sin parar, la acompañó hasta la estación Capitolio, hicieron el trasbordo juntos, se despidieron al final del pasillo y ya el barbudo cincuentón estaba invitado a ver la obra infantil de Isa en el Teatro San Martín el fin de semana para deleitarse con su caracol.

El fin de semana llegó. A Isa se le había olvidado el cincuentón. Salió a fumarse un cigarro y ahí estaba él, parado, con su sonrisa plácida, sus dos hijos de 7 y 10 años y su barba impecable, bañado en colonia, con una franela y unas bermudas. Isa dobló para cada niño un origami en forma de pajarito y les enseñó a ponerlos a volar, y mientras ellos se distraían con el animal de papel, Isa y el barbudo intercambiaron unas palabras previas a la función y un «¿qué vas a hacer luego?, si quieres te vienes conmigo y los niños». «El propio plan vacacional —pensó Isa—, planes con papá de fin de semana». Pero a Isa eso de salir con un cincuentón y sus dos hijos no le pareció que estaba tan mal, porque era solo un amigo con algo de canas y barbudo. Y después de la función se fueron juntos: el barbudo, los dos niños e Isa, todos en la camioneta de él. Todos felices después de la función, todos riendo con los sonidos absurdos del caracol que Isa reproducía para los niños, quienes explotaban en carcajadas. Fueron a comerse unos helados en la 4D. Ella lo pidió de pistacho y los niños estaban derretidos con ella; los niños, el barbudo y los dos helados de chocolate, el de guanábana y el de pistacho, todos derretidos del encanto

y del calor. Es que todos caen rendidos ante los encantos de Isa. Odiarla es casi imposible. Solo las mujeres la tratan de odiar por su belleza, pero luego ella se las gana con su manera de ser y el intento de odio se olvida.

Vecinos, qué casualidad, pero los niños viven con la mamá. Sin nombre: la ex. Es la mamá de los niños o la ex. El barbudo cincuentón llama a Isa por teléfono con cualquier excusa, se le presenta en su casa con un ramo de plumas de pavo real, le regala figurines hechos por él con alambre y trozos de madera balsa que le sobraron de alguna maqueta, la invita a su casa. A Isa le impresiona ver que todo esté picado, literalmente, por la mitad. «Por culpa de mi ex —dice el barbudo—, no nos poníamos de acuerdo, así que agarré mi espada, esta que está acá, y lo piqué todo por la mitad. Así, *chaz, chaz, chaz...*». A Isa la penetró un pasmo al ver un Jesús Rafael Soto, pionero del arte cinético, picado por la mitad. Un secreto del arte universal que he debido callar. Picar un Soto por la mitad sobrepasa los límites de la interacción entre el espectador y la obra, es como mucho, ¿no? Y él espada en mano, contándole de sus destroces del divorcio, e Isa en el atardecer sentada en el sofá picado por la mitad en la mitad de una sala con el barbudo espada en mano picando el aire. Isa sale a fumarse un cigarro y llega hasta su casa a pie con la excusa de un dolor de muela. «Son las del juicio —le dice al día siguiente Costanza, la odontóloga de la familia—, te están saliendo las muelas del juicio y hay que operarte para sacártelas. Yo no opero, pero en el consultorio odontológico de abajo es donde todos mis

pacientes se operan. Te voy a hacer una cita con la doctora Magali». Y Costanza manda a Isa tres pisos para abajo a confirmar en persona la cita que ya le hizo por teléfono su asistente. Se la dan para el viernes. Isa le pide a la secretaria de la doctora Magali que porfa sea para un lunes, porque ella tiene función el fin de semana, la última de la temporada, en la que hace de caracol. Perfecto, en dos semanas le sacan las muelas.

Isa se toma dos calmantes. Su umbral del dolor es muy alto, pero todos le dijeron que el dolor cuando te sacan las muelas del juicio es insoportable. Isa entra al consultorio, conoce a la doctora Magali y trata de ganársela, a ver si con eso le duele menos el procedimiento. La doctora, muy seria, oculta su mueca bajo el tapaboca y le pregunta si está nerviosa y si se tomó el calmante, porque lo más seguro es que le duela. Mal comienzo. A Isa le sudan las manos. La doctora inclina el sillón dental hacia atrás. Isa abre la boca y ya no puede decir palabra, solo «ajá», sin mover la cabeza, para evitar un pinchazo innecesario. Isa imposibilitada de hablar, con lo que a ella le gusta hablar. Isa que quiere saber de la doctora Magali. Isa que le clava la mirada, que trata de descifrarla detrás del tapaboca que pica su rostro en dos mitades, una azulada y otra más humana, que busca hacer contacto visual y atravesar con su mirada los lentes grandes que protegen los ojos de la doctora, clavados en la boca abierta de Isa. Isa en esta incómoda cercanía con el rostro y olor de una desconocida. La doctora trata de sacarle las muelas pero no salen y le informa que tiene que fracturarlas. La

doctora que saca las manos de su boca para agacharse a abrir una gaveta de la que saca algo que a Isa le parece un alicate gigante, prehistórico, monumental. Isa que alcanza a ver un portarretrato: dos niños, hermosos, de 7 y 10 años, abrazados a la doctora. La doctora la descubre en su descubrimiento y le pide a Isa que abra la boca y, mientras arremete contra las muelas con el utensilio de tortura arcaico, le dice que son sus hijos y que le hablaron de la obra, de su papel de caracol, de los pajaritos de origami y de los helados. Isa rendida pierde una pelea que no quiere pelear, se entrega al castigo, a la venganza. No puede decir ni una palabra, por muchas razones no puede decir una sola palabra y algunos trozos de las muelas del juicio son aspirados por el tubito del eyector de saliva, otros tantos se los traga, raspándose la garganta, otros más los escupe a las semanas, dejando un rastro de saliva, como de baba de caracol.

*

Receta de consomé de pollo para el dolor de muelas

Ingredientes:

3 zanahorias grandes en tiras
3 puerros bien lavados
1 cebolla pelada
12 clavos de olor
1 pollo limpio troceado
Sal al gusto

Preparación del consomé:

—Aguantar las lágrimas y clavarle a la cebolla, con o sin rabia, los 12 clavos de olor.

—Agregar todos los ingredientes en una olla y ponerlos a hervir.

—Agregar la sal.

—Espumar el caldo.

—Dejar que hierva por 50 minutos, medio tapado, hasta que se cocine el pollo.

—Colar el consomé cuando enfríe y tomarlo para aliviar todo tipo de dolor y remordimiento.

El ángel del hogar

Esta vez Marianela se abrió las nalgas con más fuerza, a las cinco y ocho de la madrugada, trasnochada, en la esquina del fregadero de su casa en Catia. Ahí, sin reparar que con la fuerza de su respiración fuese descubierta, se subió la camiseta desgastada en la que apenas se podía leer «Ban o Consol ado» y su gran culo quedó al descubierto. Odiaba dormir con pantaletas y el frío del amanecer que sintió en su entrepierna no la detuvo en su venganza. A cada tres o cuatro gotas que caían del fregadero se colaba el canto del gallo, una perfecta casualidad de compás al que ella no estaba alerta. Ahí, en la esquina donde ha pisoteado tantas cucarachas, entre el viejo fregadero y la estufa de gas, ahí Marianela cogió del escurridor el tazón con un ángel impreso y una y otra vez se lo pasó por dentro de las nalgas. «Maldito, maldito, maldito —pensaba—. Maldito, maldito, maldito». Se abría cada vez más las nalgas. Frotar y maldecir, la gota, el canto del gallo, frotar y maldecir, frotar y maldecir. Olió el tazón a la altura de las alas del ángel, cerca del borde, y con un movimiento certero lo colocó de vuelta, boca

abajo, en el escurridor de platos. Abrió la reja que da al patio trasero y no se lanzó a la cacería de una cucaracha que se dio a la fuga. Vaciar su vejiga era más importante. Meó tranquilamente, casi feliz, saboreando el placer de su venganza. No tiró de la cadena del inodoro y regresó a su cuarto sin mover si quiera el aire. Ahí echó llave al cerrojo de la puerta y colocó la cadena de seguridad que improvisó hace meses cuando recibió el primer golpe en la mejilla. Se echó en la cama donde ha dormido desde hace cincuenta y cinco años y una risa nerviosa despertó en ella, ansiosa, esperando la alarma del despertador de las seis y media de la mañana.

Los buhoneros habían despertado hace rato. La ciudad con sus olores había comenzado su ritual diario. Los pájaros ya cantaban en la pajarera de su vecino José y un perro ladraba mientras Tulio iba sacando la mercancía del día: abrojo, castañuela, cilantro, diente de león, flor de barranco, alhelí, lengua de vaca, velones, arcilla en polvo para cataplasmas. La puerta corredera del taller de los hermanos árabes dio un duro golpe al chocar contra el techo alto cuando dieron las seis y media de la mañana y el corazón de Marianela brincó al escuchar la alarma del despertador. Este no era, para ella, un nuevo día. No. Era la continuación del día anterior. A eso de las nueve y cuarto de la noche previa estaba tranquila viendo su telenovela mientras se tomaba un café con leche en polvo y papilla y se comía una arepa quemada en los bordes, más cuadrada que circular. En los comerciales, en pleno mordisco, sintió a su hermano entrando a su cuarto. Des-

prevenida, un golpe hizo que escupiera el trozo de arepa con jamón y mantequilla y antes de poder reaccionar, ya estaba acostada en la cama con el cuerpo de su hermano encima, ahorcándola con una cadena pesada, oxidada y gruesa, gritándole: «puta, cáncer, maldita, puta, cáncer, maldita». Su hermano se detuvo. No la mató porque no estaría en sus planes. El cuerpo borracho de su hermano salió dando tumbos por la puerta que conecta con el cuarto de los viejos y ahí cayó de bruces sobre la cómoda de la mamá, muerta hace dieciocho años, y perfumes, velón, florero, pañitos de crochet, cofres, collar de perlas y espejo cayeron al piso junto con la caja musical de la estatua de la Virgen de Fátima del último viaje a Portugal que comenzó a sonar, cual milagro, «Ave, Ave, Avemaría, Ave, Ave, Avemaría...». Ahí se quedó tendido como hasta a eso de las once y pico de la noche y, sin recoger el desastre, se fue a su cuarto y siguió durmiendo profundamente hasta que sonó el despertador a las seis y media de la mañana.

El olor a café ya se colaba por la puerta del cuarto de Marianela. Ella reía, infantil, a sus sesenta y un años, parada cerca de la puerta de su cuarto. Estaba sin ganas de pelea y se quedó ahí, sin hacer ruido, hasta que escuchó el portazo que dio su hermano al irse a la calle. Retiró la cadena y quitó el seguro de la puerta. Sin dormir, sin pantaletas, fue a la cocina y sintió placer al ver en el fregadero el tazón del ángel sucio, con grumos de leche en polvo y restos de borra de café en el fondo. Marianela prendió la radio y cantaba contenta el *jingle* de Avelina mientras

enjuagaba la media del café y se puso a fregar el plato de plástico color melón, el cuchillo con masa de arepa pegada y una cucharita. Sumergió la esponja desgastada en el lavaplatos en crema y, risueña, frotaba las alas del ángel rechoncho, impreso en el tazón, que le devolvía una sonrisa contento.

*

Receta de la arepa reina pepiada

Ingredientes para hacer las arepas:

2 tazas de harina de maíz blanca precocida (P.A.N. es la que me sabe mejor, quizás por la nostalgia. Brinco de entusiasmo cuando la veo en los anaqueles de los supermercados de acá y las acaparo, como si todavía viviese en la época del desabastecimiento en Caracas, y les sonrío cuando abro la nevera)

2 1/2 tazas de agua a temperatura ambiente

1 cucharadita de sal

Preparación de las arepas:

—Precalentar el horno a 190°C (375°F)

—En un recipiente, mezclar la harina de maíz y la sal. Agregar, poco a poco, el agua a temperatura ambiente. Amasar bien por unos 2 minutos hasta que no se sientan grumos. Dejar reposar unos 5 minutos.

—Dividir la masa en 10 porciones y con cada porción hacer bolas. Aplanarlas con las palmas de las manos y formar discos (a Marianela siempre le salen un poco cuadradas).

—Echar un poquito de aceite de maíz en una plancha y distribuirlo con papel absorbente por toda la superficie. Colocar las arepas en la plancha a fuego medio/bajo y asarlas por 5 minutos por cada lado. (Para mí cada arepa trae un mensaje oculto. Yo he visto todo el abecedario, corazones rotos y hasta a la Virgen de Fátima).

—Hornear las arepas por unos 10 minutos hasta que se abomben o suenen huecas al golpearlas suavemente.

—Abrirlas con cariño por un costado y rellenar con lo que quieras.

Ingredientes del relleno para hacer la reina pepiada:

2 pechugas de pollo condimentadas al gusto y horneadas

2 aguacates (si estuviera en mi tierra con uno bastaría, pero dadas las circunstancias, hacen falta dos de los chiquitos que encuentro acá.)

1/4 de taza de salsa mayonesa

1 cucharadita de mostaza

Preparación del relleno para hacer la reina pepiada:

—Desmenuzar las pechugas de pollo ya horneadas.

—Picar los aguacates en trocitos.

—Mezclar la mayonesa con la mostaza.

—Agregar a la mezcla de salsas el pollo desmenuzado y los aguacates en trocitos.

Si quieres, antes de rellenar las arepas puedes untarlas con un poco de mantequilla, como le gustan a Marianela.

La noche de la pelea no estaba con ganas de hacer este relleno, solo alcanzó a rellenarlas con jamón, antes de recibir el inesperado golpe.